

LOS CAMINOS DEL AGUA

DE pronto, el cielo empezó a dejar caer la lluvia. Hacia tiempo que no se humedecía la tierra, y el primer relámpago fué acogido con un suspiro de alivio. Iban acudiendo las nubes, igual que si un signo las convocara sobre el valle. Eran pequeñas nubes, de enormes vientres, las que parecían acudir de todas partes.

La mañana había sido clara, con un cielo azul, casi celeste. Alguna chicharra cantaba, retrasando el verano, de largos días. Y por la tarde, pasada la hora de la siesta, llegaron las avanzadillas de la tormenta. Podía escucharse como iba resbalando sobre el cielo.

La muchacha estaba cosiendo en la entrada de la casa. Dentro, brillaban las tinajas bruñidas, con sus enormes panzas rojas de budas decapitados. Temblaron los cacharros en los vasares, y quedó en el aire una luz pajiza que se subía por las paredes encaladas.

En la tierra albar, todavía era más triste la lluvia que en los sotos. Amagaban los rosales bajo los finos látigos del aguacero. Las primeras gotas gruesas y pesadas cayeron con un ruido sordo sobre el caldero que estaba olvidado a la izquierda del pozo. Una andanada de lluvia decapitó los claveles de una maceta solitaria.

Por la vereda, había de llegar el marido; igual que en un pliego de romance. Ella miraba caer la lluvia, desde la sala, presintiendo el agua



acercándose en oleadas, por los mismos lugares que los dos pasaron mano a mano, mirando la corvilla blanca de la luna segando la mies negra del cielo. Recordaba, sin saber cómo, las buenas noches del verano, con las panochas pajizas, y la sorpresa de la granada en rojo como premio a la lotería del abrazo, junto a la luz de las hogueras.

Se le aparecían los juegos de Pascua, los bailes de ánimas, las hogueras de San Juan. Y sus salidas a Murcia, el camino del monte en romería y la ermita destacándose sobre el pecho de una colina, mientras abajo, la población se extendía con el río por enmedio, como si fuera un cinturón de agua.

Dios le había dado a Fuensanta un corazón tranquilo. No pensaba en lo que pudiera haberle ocurrido a él, porque le sabía a salvo. No era posible que le ocurriese nada, porque era fuerte y porque la voluntad de Dios es fuerte, y porque Dios quiere que la tierra y la mujer den fruto, y el agua es para la tierra, y el hombre es para la mujer.

Seguía cayendo el agua, implacable. Relevos de nubes avanzaban al galope por un cielo gris, de pesadilla. Llegó José, con las ropas mojadas, el pelo rezumando agua.

—El agua se mete en la boca, igual que una mordaza—dijo, y la mujer no contestó.

Se había salido el río del cauce, e iba invadiendo las huertas. Zaran-deaba la corriente los troncos de las moreras, a orillas de los quijeros, y los bancales quedaban bajo el agua.

—Hay que ver la cuadra—dijo José.

Entraron en la cuadra, con una luz protegida para que no se apagara. Corneaban las vacas, como si vieran cerca la muleta fría del agua de la muerte. Aullaban los perros, y el corral se alborotaba subido en los palos más altos. Se oía relinchar al caballo, y las mulas temblaban en silencio dentro de su soltería forzosa. Había un presentimiento siniestro. Algo iba a ocurrir. Pero ahora que él estaba cerca, Fuensanta ya no tenía miedo.

—Hay que soltarlos—dijo la mujer—Que cada uno busque la muerte por su cuenta.

—Pero...—iba a protestar él; más que por otra cosa, por darle ánimos a ella.

—Hay que soltarlos.

Lo hicieron. Abrieron las puertas. Ninguno de los animales, excep-



to el caballo, se movió. Estaban paralizados, atados por una misteriosa intuición de lo irremediable. El caballo salió fuera.

—¿Tienes miedo?—preguntó él.

—No.

Y era verdad. Junto a él no temía ni fuego ni agua que pudieran llegar. Ahora, tratando de evadirse del ruido de la lluvia, recordaba Fuensanta todos los fuegos: los «tostones» de enero, las llamas de la Navidad, y el fuego rubio de San Juan extendiéndose en la noche del valle.

Empezaba a subir el agua. El suelo, los bancales, desaparecían. Ya era de noche. Ella entró en su cuarto para cambiarse de ropa. Por la ventana abierta vió al caballo, con la cabeza levantada, relinchándole a la noche clara de relámpagos.

Seguía lloviendo, lloviendo. La avenida arrastraba objetos que, de tarde en tarde, iluminaban las luces de la tormenta. Campaneaban, a lo lejos, las iglesias de la ciudad, la Catedral y las ermitas con pequeñas voces añiñadas. Más cerca silbaban las caracolas de la huerta.

Bajo la puerta del cuarto apareció una pequeña lengua de agua que iba levantándose y creciendo. Ella gritó. Entró José, cuando el terror le agrandaba los hermosos ojos. Las sillas del cuarto flotaban ya.

—Vamos al tejado—dijo él.

—¿Y esto?

—Hay que dejarlo.

Con unas mantas y un zarzo de cañas subieron al tejado. Bajo las mantas chorreantes, les llegó el amanecer con desesperanzadora lentitud. El agua parecía dispuesta a no subir más, pero pasaba velozmente, llevándose las tapaderas de las tinajas, arcas, cromos arrancados de las paredes; un pequeño mundo de retratos, de papeles, de pequeños recuerdos, de colchas, de refajos, se iba alejando con el agua.

El caballo no estaba, desde hacía bastante tiempo. Pasó el primer cadáver, de espaldas al cielo. Ella sentíase abrazada fuertemente por José, mientras la lluvia humedecía sus cabellos, y sus ojos asustados miraban pasar el agua, el agua, el agua.

(Del libro de próxima aparición «Cuando llegue el verano y el sol llame a la ventana de tu cuarto»).

